



ANALES DE ANTROPOLOGÍA



Anales de Antropología 59-1 (enero-junio 2025)

www.revistas.unam.mx/index.php/antropologia

Artículo

Emociones y trabajo de campo en tiempos de covid-19: mujeres gestantes en espacios sanitarios Emotions and Fieldwork in Times of Covid-19: Pregnant Women in Health Spaces

Elizabeth Hernández Alonso*

Universidad Nacional Autónoma de México, Unidad de Posgrado, Programa de Posgrado de Ciencias Médicas, Odontológicas y de la Salud, zona cultural Ciudad Universitaria, C.P.14510, alcaldía Coyoacán, Ciudad de México, México.

Oliva López Sánchez**

Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Avenida de los Barrios Número 1, Colonia Los Reyes Iztacala, Tlalnepantla, C.P. 54090, México, México.

Recibido el 28 de diciembre de 2023; aceptado el 29 de mayo de 2025;
puesto en línea el 26 de junio de 2025.

Resumen:

La pandemia por covid-19 ha sido un evento de magnitudes médicas, económicas, políticas y sociales que han cambiado las dinámicas de acción e interacción de los individuos (Campo 2020). Este trabajo tiene por objetivo enunciar y describir las emociones, sentimientos y afectos que acompañaron la realización de la investigación doctoral llamada: “Trayectorias y prácticas de elección en lactancia materna en mujeres usuarias de centros de salud de Puebla durante la pandemia por covid-19” y de la cual se ha desprendido, al tiempo de indicar los efectos que éstas tuvieron ante la difícil tarea de realizar trabajo de campo de forma tradicional y entablar contacto con los colaboradores ante el riesgo de contagio (Rich 2022). El desconocimiento de la enfermedad y la necesidad de continuar con actividades pese a la virulencia llevaron a desarrollar estrategias metodológicas, como la etnografía digital y multisituada (Estalella y Criado [eds.] 2018). Consideramos que los retos de realizar trabajo de campo ante situaciones tan complejas presentan también riquezas y fortalezas que es pertinente investigar desde las miradas reflexivas, situadas y críticas donde la emocionalidad de quien investiga es la guía de acción para

Abstract:

The covid-19 pandemic has been an event of medical, economic, political, and social magnitude that has changed the dynamics of action and interaction of individuals (Campo 2020). The objective of this work is to state and describe the emotions, feelings and affects that accompanied the completion of the doctoral research named “Trajectories and Choice Practices in Maternal Breastfeeding among Women Using Health Centers in Puebla during the covid-19 Pandemic”, and from which it has emerged, while indicating the effects that these had on the difficult task of carrying out field work in a traditional way and establishing contact with collaborators due to the risk of contagion (Rich 2022). The lack of knowledge about the disease and the need to continue with activities despite the virulence led to the envelopment of methodological strategies such as digital and multi-sited ethnography (Estalella and Criado [eds.] 2018). We consider that the challenges of carrying out field work in such complex situations also present riches and strengths that are relevant to investigate from reflective, situated and critical perspectives where the emotionality of the researcher is the guide of action to generate

Palabras clave: etnografía; afectos; mujeres.

Keywords: ethnography; affects; women.

* Correo electrónico: eli.hdez.alonso@gmail.com / <https://orcid.org/0000-0003-3702-6178>

** Correo electrónico: olivalopez@unam.mx / <https://orcid.org/0000-0002-9811-1416>

DOI: [1](https://doi.org/10.1017/S0014180125000001)

ISSN: 0185-1225/ Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas. Éste es un artículo Open Access bajo la licencia CC-BY-NC 4.0 DEED (<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>).

generar nuevas formas de acercamientos, epistemes y diálogos para conformar etnografías con y desde las emociones (Evangelidou y Martínez-Hernández 2020). Finalmente, pretendemos mostrar la emocionalidad de quien investiga ante los sucesos y situaciones que han sucedido durante la búsqueda de información en la realización del trabajo etnográfico, con la intención de compartir la experiencia y abonar a la disciplina antropológica, que, más que tradicional, se posiciona ágil y capaz de seguir describiendo fenómenos sociales de tales dimensiones.

Introducción

El origen multidisciplinario de la ciencia antropológica, así como su objeto de estudio —la descripción y conocimiento de la cultura—, se ha visto inmerso en tesituras respecto a la metodología y la recolección de la información. Sabemos que las ciencias sociales en contraposición con las ciencias duras pretenden recuperar experiencias y conocimientos que no necesariamente sean numerosos, situación que genera ruido desde las miradas hegemónicas que pretenden generalizar o estandarizar la información. Sumado a esto, llevar a cabo trabajo de campo que permitiera el acercamiento con los actores y, con ello, recuperar sus experiencias para posteriormente analizar y describir las condiciones que viven, se vio modificado con la pandemia por covid-19 que complicó la interacción entre los individuos. ¿Cómo hacer etnografía en tiempos de pandemia? ¿Qué emociones se experimentan cuando el campo rebasa las expectativas planteadas? Estos cuestionamientos nos llevaron a nuestras estrategias de intervención, como la etnografía digital¹ y multisituada,² pero también a reflexionar en torno a las emociones vividas en campo por una de las investigadoras que sin duda interpelan, sitúan y modifican su papel.

En este sentido, el objeto del presente artículo es recuperar las emociones y afectos vividos durante la investigación, particularmente en el desarrollo del trabajo de campo, sin que ello signifique la pérdida de rigurosidad y cientificidad, sino, por el contrario, la validación de éstas, traducida como una herramienta heurística y analítica que afiance los trabajos antropológicos y que, como han indicado investigadores como Frida Jacobo Herrera y Marco Martínez-Moreno ([coords.] 2022), conforman las emociones de ida y vuelta cuando se hace investigación.

¹ Para Horst y Miller (2012), la etnografía digital es una herramienta metodológica que brinda la posibilidad de estudiar interacciones de los individuos en entornos de redes sociales que han proliferado los últimos años, lo que significa considerar el uso de tecnología y medios digitales como un espacio para explorar y analizar las nuevas formas de interrelación social.

² Es necesario precisar que, si bien el término de *etnografía multisituada* proviene de la traducción de *multisited ethnography* de George Marcus (2001) y contempla distintos lugares donde se lleva una investigación, se considera pertinente su uso, pues, aunque se desarrolló únicamente en Puebla, se tuvieron escenarios sanitarios, domésticos y comerciales para seguir a las mujeres y personal médico y con ello entender a qué se enfrentaron durante la pandemia. En este sentido, la etnografía multisituada sirvió para describir y conocer el proceso pre- y posnatal afectado durante la pandemia, siguiendo y trazando los lugares de los participantes.

new forms of approaches, epistemes and dialogues to form ethnographies with and from emotions (Evangelidou and Martínez-Hernández 2020). Finally, we aim to show the emotionality of the researcher in the face of the events and situations that have occurred during the search for information in carrying out the ethnographic work, with the intention of sharing the experience and contributing to the anthropological discipline, which, more than traditional, positions itself agile and capable of continuing to describe social phenomena of such dimensions.

Sentir el campo en tiempos de pandemia

La investigación³ de la cual desprende este artículo (Hernández 2025) tuvo como espacios de investigación dos centros de salud en Puebla y los colaboradores fueron el personal médico-sanitario de los propios centros y las mujeres gestantes dispuestas a participar en el proyecto. El trabajo inició en diciembre de 2021 en el auge de pandemia, aunque se desconocían las magnitudes de ésta y su impacto en el terreno antropológico, pues se planeó acudir a los espacios sanitarios para entrevistar y captar mujeres, pero este proceso se vio interrumpido en febrero del 2022, cuando a la ciudad llegaron la tercera y cuarta olas de contagios, las cuales impactaron a toda la población.

De acuerdo con la Secretaría de Salud de México, el 28 de febrero de 2020 a poco más de tres meses de haberse suscitado el primer contagio en Wuhan, China, se confirmaron los primeros casos en México y para marzo se decretaron las estrategias de contención, como mantenerse en casa y sana distancia. Durante este periodo y hasta julio de 2020 la mayor parte de las actividades se suspendieron, al grado de anunciar que el ciclo escolar que iniciaría en julio y concluiría en agosto 2021 sería virtual (Secretaría de Salud 2022).

La estrategia emitida por la Secretaría fue el programa “Quédate en casa”, con la finalidad de evitar la propagación de la enfermedad con el contacto entre posibles individuos infectados. Al mismo tiempo, se hizo énfasis en evitar sitios concurridos, mantener la sana distancia y extremar el lavado de manos. De igual forma, esta iniciativa se sugirió para todos los estados; no obstante, con una tasa nacional de informalidad del 24 % de acuerdo con Inegi (2023), a muchas personas les resultó difícil quedarse en casa sin un sustento económico garantizado. Para el caso de Puebla, también se realizaron campañas para promover quedarse en casa; sin embargo, la informalidad laboral persistió y se vivieron cuatro grandes olas de contagio.

A partir de la confirmación de la enfermedad en el país, se registraron fuertes olas de contagio. La primera

³ Trabajo doctoral que comenzó campo a finales de 2021 y continuó a mediados de 2022 durante la emergencia sanitaria por covid-19. El objetivo fue describir y conocer las trayectorias de elección y prácticas de alimentación, particularmente respecto al tipo de lactancia materna, que eligieron para sus infantes madres atendidas en los centros de atención pública a la salud ubicados en el norte de la ciudad de Puebla, México.

fue en febrero de 2020; la segunda, en septiembre-octubre del mismo año; la tercera, en mayo-junio de 2021; la cuarta, en diciembre de 2021; la quinta, en mayo-junio de 2022 y la sexta, en diciembre de 2022. Durante estas olas también se sumaron las distintas variantes de la enfermedad, como la delta y ómicron, así como la influenza estacional que también impactó a la sociedad (Guillén 2022).

Estos nuevos contagios enviaron a casa a mujeres gestantes para evitar la enfermedad, lo que significó una interrupción durante la investigación doctoral y la preocupación de no seguir en contacto. Como era de suponerse, el contexto pandémico modificó la forma de acercamiento con las colaboradoras, pues se imposibilitó hacer trabajo de campo de forma habitual. Es decir, no se podía acudir a casa de las mujeres para entrevistarlas y tener acercamiento cara a cara, lo que llevó a mudarse a la digitalidad para acercarse sin riesgos, pero las emociones, sentimientos y afectos —como miedo y angustia— continuaron y formaron parte del trabajo. Lo anterior fue la antesala para enunciar la necesidad de plasmar los sentimientos y emociones que atraviesan los investigadores durante el campo, sin que esto sea sinónimo de subjetividad; por el contrario, consideramos que se trata de un ejercicio reflexivo crítico en donde recuperar las emociones y sentimientos que se vive como investigador reposicionan su papel, por lo que se convierten en un elemento clave en la construcción de conocimiento.

Pero, ¿siempre se han considerado importantes las emociones en los trabajos de investigación? La respuesta claramente es no, pues las emociones siempre se asociaron con sentimientos y la subjetividad, contrario a la ciencia, que busca la objetividad en todo. Parece pertinente entonces puntualizar los marcapasos emocionales en las ciencias sociales, particularmente en la antropología.

La brújula emocional y la reconfiguración en la mirada social

Las emociones han sido abordadas desde diversas disciplinas, entre ellas, la filosofía, historia, biología y psicología; más tardíamente, desde la sociología y la antropología. Sin embargo, la relevancia de su estudio comenzó hacia finales del siglo xx, cuando el pensamiento académico previo, que databa de finales del siglo xviii y estuvo caracterizado por la separación entre sentimiento y razón, se consideró el mecanismo científico mediante el cual debían realizarse y validarse las investigaciones. No obstante, ya algunos pensadores, como Baruch Spinoza (1677) —adelantado a su época—, mostraban que no debería separarse emoción y cuerpo, sino, más bien, como ha indicado Gilles Deleuze, la expresión tenía elementos altamente simbólicos y relacionados con los parámetros sociales y culturales, por ello, era menester considerarlos.

Para el año 1872, Charles Darwin inicia una fuerte discusión respecto a las funciones orgánicas y el origen de las emociones; anclado al terreno biológico y desde una mirada evolucionista, pretendía analizar que la

emocionalidad en el ser humano correspondía a un elemento evolutivo, robusteciendo la fuerte impronta de la división entre razón y sentir. Émile Durkheim, por su parte, desde la sociología y bajo la teoría del funcionalismo-estructuralismo, escribe *El suicidio* (2013 [1897]), una obra que relata las respuestas colectivas a fenómenos considerados como desviaciones, con la que abre una brecha a la ritualidad, interpretación y sacralidad de estos hechos que se adhieren a emociones y contextos específicos.

Norbert Elias en 1939, también desde una perspectiva sociológica, considera que, en la transformación de la sociedad hacia la civilización, ocurrieron cambios en las reglas sociales y de interacción, así como el aprendizaje de normas y costumbres. Su obra *El proceso de civilización* pone a discusión los sentimientos de vergüenza, rechazo o aceptación social de los que dependen las conductas que tiene el individuo en los núcleos específicos de interacción.

Hasta ahora, observamos que las emociones se estudian como una respuesta biológica o natural que, si no cumple con los estándares sociales, se torna negativa o mal vista; debido a ello, la emoción se mantiene al margen. Eduardo Bericat (2000) ha señalado que la impronta positivista dejó el estudio de las emociones en una línea residual, pero poco a poco más investigaciones se enfocaron en éstas hasta construir un terreno de estudios bastante prolífico (Arfuch 2016).

De esta manera, para la década de 1970, los estudios sobre emociones estuvieron íntimamente relacionados con las pautas culturales y sociales. Uno de estos trabajos es el de Thomas J. Scheff, quien también desde la sociología detalla en *Shame and related emotions: an overview* cómo la emoción denominada vergüenza está influyendo en los vínculos sociales y en el impacto que éstos tienen hacia el individuo. Reporta, por ejemplo, que, al existir un ambiente o vínculo seguro, la relación con la vergüenza es mayor, mientras que en los vínculos inseguros se comporta a la inversa (Scheff 1990, 1995).

La socióloga norteamericana Arlie Hochschild (1975) señala que las emociones tienen un vínculo con la estructura, es decir, que existe una relación entre la emocionalidad y las instituciones que marcan qué y cuánto sentir. Define lo que llama *feeling rules* como las normas emocionales que regulan la conducta del individuo desde un plano político y normativo hasta la propia expresión de éste. Describe que existen ciertas circunstancias o eventos que ya tienen un código de acción y emoción donde que, aunque no siempre está dicho, es sabido cómo actuar, por ejemplo, sentir tristeza o mantener el luto en un funeral (Hochschild 1975, 1979).

Gradualmente, los estudios sobre emociones voltearon hacia la íntima relación que existe entre sociedad e individuo, describiendo cómo debe sentir, cuánto, en qué lugares o espacios y puntualizando que éstas tienen matices según la cultura a la que pertenecen.

Por su parte, la antropología, aunque a un paso más lento, también realizaba trabajos en el terreno de las

emociones (López M. 2015; Bourdin 2016). No fue sino hasta la década de 1980 que también en Estados Unidos de Norteamérica –con los trabajos de Catherine Lutz y Geoffrey White o de Michelle y Renato Rosaldo– se inaugura la antropología de las emociones. Los Rosaldo (1984) realizaron un trabajo de campo en Filipinas con los ilongotes para entender el ritual de la caza de cabezas. No obstante, fue hasta después del accidente mortal de Michelle cuando Renato logró descifrar la *emoción encarnada*, es decir, que la posición del sujeto frente a la experiencia logra la comprensión de la emoción. En el texto “Anthropology of emotions”, Lutz y White (1986) señalan la carga tan importante que tiene el entorno social para comprender las emociones y, con ello, interpretar y entender el porqué de las mismas.

El sociólogo y antropólogo francés Le Breton, por ejemplo, introduce el término *cultura afectiva* bajo la premisa de que es compartida en una sociedad, pero, además, que el individuo puede responder a cada situación con un abanico de posibilidades que bien puede ser mediante las expresiones afectivas enseñadas, aprendidas o heredadas, bien expresarse con libertad (Le Breton 1999). Con mayor fuerza, los estudios respecto a las emociones se han hecho presentes y los investigadores señalan la necesidad de contextualizar el aspecto social y cultural del individuo para comprenderlas (Damasio 2005 [1994]; Le Breton 2009 [1998]).

A poco más de cuatro décadas del nacimiento de la antropología de las emociones, se siguen ganando terrenos para clarificar y potenciar estos estudios y su importancia en las investigaciones. Este artículo se basa en la mirada relacional y contextual de las emociones con el entorno social y cultural para comprender que tanto el investigador como los colaboradores son interpelados y atravesados por situaciones que potencian o limitan emociones, sin que ello signifique perder la objetividad.

Precisiones teóricas-metodológicas

La investigación doctoral de la cual se desprende este artículo fue de tipo cualitativo y privilegió el significado de los actores desde la base de la etnografía como estrategia metodológica. Hacer etnografía implica relatar las vivencias de los “otros” de tal modo que el detalle permita la comprensión del fenómeno. En la ciencia antropológica, la etnografía es el método de estudio por excelencia, ya que no es sólo asistir al campo para la recolección de datos, sino la capacidad de acercamiento y asombro ante nuevas formas de convivir y relacionarse y que no necesariamente implica estar lejos de nuestros espacios de dominio, sino poder mirar con lentes de extrañamiento las dinámicas de interacción en otros grupos que pueden ser cercanos y cotidianos a nosotros. En este sentido,

“comprendiendo lo que es la etnografía o más exactamente lo que es *hacer etnografía* se puede comenzar a captar a qué equivale el análisis antropológico como forma de conocimiento”. [...] Desde cierto punto de

vista, el del libro de texto, hacer etnografía es establecer relaciones, seleccionar informantes, transcribir textos, establecer genealogías, trazar mapas del área, llevar un diario, etc. Pero no son estas actividades, estas técnicas y procedimientos lo que definen la empresa. Lo que la define es cierto tipo de esfuerzo intelectual: una especulación elaborada en términos de, para emplear el concepto de Gilbert Ryle, “descripción densa” (Geertz 2003: 20-21).

“Así, la tarea del antropólogo, a quien se empezaba a denominar ‘etnógrafo’, era una labor de composición que iba desde los ‘datos secos’ a la recreación o evocación de la vida indígena” (Guber 2001: 26). Arriesgarse a explorar con una lente crítica y descriptiva sin duda va creando el trabajo etnográfico. Por supuesto que la tarea descriptiva no es fácil, pero el campo de investigación nos lleva diariamente a reflexionar y repensar si la información obtenida es capaz de detallar y comprender las situaciones vividas. La inmersión constante y la interacción con los colaboradores permiten enlazar las acciones y actividades y los significados que a éstos atañen, entendiendo que los imaginarios, valores y peso de la estructura permean la agencia del individuo. El trabajo que presentamos tuvo lugar en los centros de salud en Puebla (Hernández-Alonso 2025), e implicó, para una de las autoras, el esfuerzo de captar y recuperar información para luego describirla, de tal modo que se plasmaran todos los sucesos por los cuales atraviesan el antropólogo/etnógrafo y los colaboradores.

¿Cuáles fueron las pretensiones etnográficas para desarrollar la investigación? Por un lado, conocer cómo es la atención brindada por parte del personal sanitario, es decir, describir el seguimiento biomédico; por otro, conocer las condiciones en las que viven y por las que atraviesan las mujeres en crianza, usuarias de dichos centros, que inciden en cómo alimentarán a su recién nacido.

Ahora bien, aunque los objetivos siempre fueron los mismos, desarrollarlos ante el contexto pandémico implicó la modificación de estrategias y espacios de interacción, lo que nos llevó a disertaciones teóricas, heurísticas, éticas y emocionales respecto al cómo. Como ha indicado Sandra Harding (1996) en *Ciencia y feminismo*, al describir los hechos de forma etnográfica se requiere valorar las experiencias de los actores implicados; en este sentido, la tutora Olivia López Sánchez siempre hizo hincapié en recuperar y enunciar mi situación como investigadora y madre en pandemia, quien, al igual que la mayoría de participantes del proyecto, atravesé momentos de crisis e incertidumbre ante una enfermedad que no esperaba tuviese un impacto tan fuerte en las distintas esferas de la vida cotidiana.

Las colaboradoras (mujeres en crianza) atravesaron situaciones personales, familiares, laborales, políticas, económicas y sanitarias, en las que sorteaban condiciones de desconocimiento, inseguridad y presión social para resolver la tarea de alimentar y cuidar a una cría humana. Del mismo modo, el personal sanitario enfrentó el titá-

nico trabajo de atender a contagiados por covid-19 bajo condiciones de desinformación, precariedad de insumos y espacios hospitalarios. Como han señalado Delgado-Serrano y Aveiro Róbal (2021), los médicos, al presentarse en la primera línea de batalla, sintieron el temor colectivo de morir ejerciendo su profesión. Lo anterior nos llevó a reflexionar y cuestionarnos: ¿qué emociones son permitidas en campo?, ¿cuáles son aceptadas y bien vistas mientras se desempeña la actividad del investigador?, ¿qué hace el etnógrafo ante una contingencia sanitaria como ésta? La guía y acompañamiento de López Sánchez permitieron sobrellevar estas dificultades y crear estrategias para resolverlas, al tiempo de posicionarme en los postulados de la mirada reflexiva y situada (Harding 1987), pues, sin duda alguna, mi propia experiencia como investigadora se vio modificada y reorientada.

Por lo antes mencionado, la investigación se ancló en la postura de Harding (1987, 1996), pues es necesario e imprescindible situarse en el campo desde el referente personal y político, en mi caso,⁴ como una antropóloga que ejercía la profesión en tiempos complicados para la salud y siendo madre de dos pequeños que por la edad no podían recibir el esquema de vacunación, por lo que la presión constante de presentarme con el medio de contagio se traducía en la emoción de la culpa. Por supuesto, la postura de Michelle y Renato Rosaldo (1980) sobre los *embodiment thoughts* o *pensamientos encarnados* que nos llevan a emociones encarnadas es también crucial en el proyecto, pues entendí la angustia y temor que vivían las mujeres gestantes durante la pandemia, al tiempo de comprenderlas porque fui una mujer gestante y atravesé dificultades para amamantar a mis recién nacidos. Me identifiqué con ellas no por ser antropóloga o investigadora, sino por ser mujer y madre, y dialogamos y compartimos siendo pares, viviendo la maternidad en distintas etapas, pero resolviendo de la mejor forma posible los conflictos que se presentaban.

La emocionalidad dentro de la investigación está presente, en primer lugar, por la pandemia que trajo consigo sentimientos como el miedo y la incertidumbre, pero también porque el ejercicio reflexivo y comprometido de investigar la categoría de *emoción* atraviesa e interpela a las investigadoras, lo que conlleva retos metodológicos y etnográficos.

Cartografías invisibles: navegando lo inesperado en el campo

Como mencionamos en líneas anteriores, la emergencia sanitaria nos llevó a modificar las estrategias de intervención para la investigación. Aunque el cambio fue exitoso, no fue fácil: en un principio se planeó la etnografía de tipo tradicional, es decir, trabajar con las mujeres cara a

cara y visitarlas en los espacios domésticos, lo cual se vio impedido por las olas de contagio en la capital de Puebla, condición que trajo dos retos por superar, el primero: la complementación de la etnografía tradicional con la etnografía digital (Horst y Miller 2012; Ortega y Caloca 2016) y multisituada (Massó y Santos 2017) para lograr trabajar con los colaboradores al tiempo de salvaguardar la integridad de los involucrados, y el segundo: sobrellevar los sentimientos de miedo, angustia e incertidumbre de la antropóloga ante el nuevo rumbo del proyecto, sabiendo que las circunstancias adversas por la contingencia ya implicaban un reto.

Hoy estoy trabajando en el informe del trabajo de campo y me doy cuenta de que hay mucho riesgo de contagiarme y, con ello, a mi familia. El mayor miedo que tengo es morirme y dejar a mis bebés y esposo, o que ellos se enfermen y les pase algo grave por culpa mía.

En el centro de salud, hacen pruebas PCR⁵ gratuitas y hay mucha gente. Sólo escucho en noticias y con las y los médicos, las zonas contagiadas, cuántos nuevos casos se registran, las variantes, que sinceramente ya no sé qué cuantas llevamos... ómicron, delta, no lo sé, simplemente escuchar tanto me pone más nerviosa y alerta. La dinámica de llevar doble cubrebocas, usar gel sanitizante y tener sana distancia es algo que siempre hago, pero eso no me quita el miedo.

Cuando vuelvo a casa me da temor entrar y que mi hija e hijo me saluden y se contagien. Cuando llego me esperan y saludan de lejitos bien contentos, y quisiera abrazarlos, pero les digo: “¡Vayan por el *spray* y pónganme!”. Conseguí un desinfectante y ése me aplican. Luego, les digo: “¡Espérenme, me voy a bañar y regreso!”. Esa es la rutina al volver del campo: llego a casa, dejo los zapatos afuera de la entrada, subo a bañarme y toda esa ropa la lavo, después ya puedo saludar y estar con mis pequeños. A veces pienso que puede ser paranoia, pero observo a toda la gente que va al centro de salud y las noticias que constantemente enfatizan las olas de contagios y sin dudar, esto es cierto.

No viajo ahora en transporte público porque el riesgo de contagio es mayor. Cambié por ir en mi auto y con eso reducir el riesgo, pero veo muchas personas sin cubrebocas, sin sana distancia; a veces me pregunto si no creen o no lo saben, pero no puedo pensar en otros, sino en mí.

Le dije a la doctora [directora] que está difícil la situación por los contagios. Comentó que, si siento un alza o un peligro, mejor deje de ir a los centros de salud

⁴ Cuando se habla en primera persona o de la experiencia de la etnógrafa/ antropóloga en campo, debe entenderse que se hace referencia al trabajo de la autora de la tesis de doctorado de la que surge este artículo, Elizabeth Hernández Alonso.

⁵ Del inglés *Polymerase Chain Reaction*, se refiere a pruebas de detección rápida de la enfermedad causada por el virus SARS-CoV2.

mientras bajan los picos. (Hernández-Alonso, diario de campo, 31 de enero de 2022).

En el fragmento anterior, la experiencia encarnada de haber realizado una investigación en espacios sanitarios no sólo implicó el desafío de lograrlo, sino los dilemas éticos de continuar o no con base en el riesgo. Nancy Sheper-Hughes (1992) esbozó en *Death Without Weeping: The Violence of Everyday Life in Brazil* que en el quehacer antropológico se está comprometido y encarnado a la reflexión experiencial, reflexiva y teórica.

En este sentido, pueden describirse estas tres dimensiones. En el primer nivel, denominado *experiencial*, el miedo al contagio y la muerte salta en las primeras líneas y es el hilo conductor; implica estar alerta ante cualquier pico o nueva ola, no bajar la guardia es la acción constante. Existe tensión y nerviosismo, pues, aunque llegaron vacunas, pruebas y medidas de prevención, es una emergencia sanitaria sin precedentes, lo que genera dudas e incertidumbre.

En el segundo nivel, *reflexivo* o *interpretativo*, este miedo lleva a dos cuestionamientos. El primero, sobre si es cierto o no el contagio, la propia pandemia, es decir, ante un evento nunca visto y con personas despreocupadas, está la pregunta: ¿esto realmente existe?, ¿cómo es posible que mientras algunos acuden para la PCR, otros no usan cubrebocas? De pronto, parece surreal la cifra de personas que se contagian y mueren mientras otros no lo creen; sin embargo, los hechos y la cercanía con el espacio sanitario presionan para el autocuidado. La reflexión se traduce en no bajar la guardia y tratar de controlar lo que se puede, en este caso, evitar espacios concurridos, como el transporte público, reforzar medidas de higiene, usar doble cubrebocas, geles y aerosoles desinfectantes, en resumen, una rutina de control se interpreta como una acción de defensa.

Por último, el tercer nivel, *teórico* o *contextual*, nos lleva a entender la pertinencia de la antropología médica para entender y analizar la enfermedad de la covid-19. La amenaza a la salud abonada por los factores mediáticos, las propias concepciones de la enfermedad (contagio y riesgos) y la interacción con los profesionales de la salud alimentan el estado de hipervigilancia como parte nodal de una percepción de riesgo a nivel individual y social. Ante esto, el comportamiento de prevención se lleva a cabo como parte de una nueva rutina que permite continuar el trabajo de campo sin agregar mayores factores que comprometan la salud, el bienestar personal y familiar y el desarrollo del trabajo de campo. Si bien estas rutinas —el lavado de manos y el uso de cubrebocas— no son nuevas, sí fueron extenuantes y más consecutivas, debido al imaginario social de hábitos que pueden mejorar la situación; además fueron socialmente promovidas, replicadas y, conscientes o no, se van aceptado como una nueva cotidianidad.

Aunado a ello, el impacto económico jugó un papel determinante, pues la posibilidad de acudir en auto propio habla de un privilegio ya que no todas las per-

sonas pudieron hacerlo, así se resaltan las desigualdades económicas y estructurales de una sociedad precarizada, como la del lugar de investigación. No sobra señalar que el colapso de los sistemas sanitarios implicó riesgos patrimoniales para aquellos quienes resultaron contagiados y debieron acudir a un sistema privado. La situación pandémica reposicionó la forma en la que nos acercamos al campo y cómo el campo imbricó las propias reflexiones sobre qué debe cuidarse y cómo.

Posicionarse ante el problema de estudio y entender que situaciones ajenas a la investigación nos invitan a abordarlo de distintas formas siempre es un desafío. En este caso, yo como antropóloga en campo transitó por una amplia gama de emociones, desde el miedo, angustia, enojo, desánimo y frustración por no lograr un acercamiento tradicional, cara a cara e interactuar en espacios domésticos o cercanos a las mujeres en crianza, hasta la alegría y felicidad cuando se logró contactar a algunas y mantener un diálogo virtual. La mentoría y experiencia de la tutora Oliva López, así como la resiliencia, anhelo y búsqueda de continuar el proyecto posicionaron la virtualidad como un medio de encuentro.

Daniel Miller (2019) comenta que las redes sociales han permitido convivir y compartir con otros, sin que esto signifique fragmentación, por ello —en este caso—, la utilización de programas de mensajería digital fue una estrategia fácil, rápida y sin complicación a la cual recurrimos para seguir teniendo comunicación con las colaboradoras. Ante el consentimiento informado y firmado, se creó un grupo de Whatsapp⁶ para conversar con ellas y mantenerlas en contacto (Bárceñas y Preza 2019). Este grupo resultó útil para compartir infografías elaboradas por la antropóloga en campo respecto a la documentación que debían llevar al hospital o las posturas más comunes para la práctica de la lactancia materna (Rubio-Romero 2015; Rivera y Odgers 2021). Si bien el uso de tecnologías digitales permite estar en otros lugares y no *in situ* —como podría preferir la etnografía tradicional—, no impide construir narrativas situacionales ni compartir experiencias, conocimientos; emociones que se expresan en espacios diacrónicos constantemente se crean y recrean en la recuperación de la narrativa.

La antropóloga en campo entendió que lo importante de las entrevistas con las mujeres participantes no necesariamente eran los espacios (domésticos o sanitarios) o la duración, sino la confianza, empatía y vínculo de apoyo que se creaba con las colaboradoras y que permitiera compartir las experiencias de dificultad, felicidad o incertidumbre que enfrentaron al convertirse en madres. De este modo, capitalizar los nuevos encuentros y permanecer unidas mediante la comunicación digital facilitó la continuidad del proyecto.

⁶ Se recurrió al programa/aplicación de mensajería gratuita e instantánea para teléfonos inteligentes, muy común actualmente y que no requiere más que la creación de un usuario y conexión a Internet. Pueden hacerse llamadas, videollamadas, videos recreativos y envío de mensajes de texto o multimedia de forma inmediata.

¿Cómo se logró, entonces, pasar del temor e imposibilidad de llevar a cabo el proyecto al triunfo de su desarrollo digital y simultáneo? En primer lugar, haber contado con la guía y experiencia de la dra. López Sánchez fue fundamental para lograr la búsqueda de nuevas estrategias metodológicas y, en segundo lugar, el control de emociones y la creación de líneas de acción para sustituir el miedo por una acción y enfrentar los retos de la mejor manera posible. Consideramos que la capacidad de experimentar la emoción y plantear posibles soluciones implica potenciarlas y convertir las experiencias difíciles en nuevos rumbos de investigación.

Como bien ha apuntado Eva Illouz (2010), la narrativa es clave para la descripción cultural y la narrativa biográfica no sólo aporta sentido, sino que da dirección y propósito, por lo que, sin duda, contar las experiencias y sentimientos atravesados al realizar el trabajo de campo apela a la pertinencia de tener la voz dentro del trabajo investigativo, a la par de quienes colaboran contigo. Siguiendo con el desafío sobre las emociones que atraviesan al investigador, ¿cómo resolvimos la emocionalidad en campo? Arlie Hochschild señala que “los sentimientos nos dicen qué hay allí afuera desde donde estamos” (1990: 119), generando comunicación entre un mundo interior y un mundo exterior, considerando las reglas del grupo, pero también los lineamientos que cada actor tiene como una medida de regulación social.

No puede negarse que, durante el trabajo de campo, la asistencia diaria en busca de colaboradoras y personal sanitario en los centros de salud para trabajar fue inseguro por el riesgo de contagio durante el trayecto —por ejemplo— en el transporte público, o bien, al entablar conversación con alguien contagiado que no mostrase síntomas aun cuando cumpliera con la sana distancia y el uso de cubrebocas... Hacer campo en tiempos de pandemia traía un riesgo intrínseco, innegable. Entonces, ¿tanto la tutora como la antropóloga en campo habríamos actuado igual si hubiéramos desarrollado la investigación sin pandemia?

Estamos seguras de que la respuesta es no, pues la condición de emergencia sanitaria que a nivel global había desencajado las agendas sanitarias y de políticas públicas en todos los países ya era un indicador de la envergadura del problema. En México, por las condiciones sanitarias, económicas, laborales y socioculturales ya se mostraba lo endeble de la asistencia a la salud y la debilidad de quienes bajo condiciones de precariedad eran más vulnerables al contagio.

Entonces, contextualizar y narrar desde la pandemia fue y es el primer paso para situar la emocionalidad. Sandra Harding (1996) y Donna Haraway (1995) ya indican que reflexionar y situar nuestro trabajo investigativo es un primer paso para lograr la objetividad misma y generar un conocimiento responsable y honesto. Como indicamos, la antropóloga en campo colaboró con las mujeres en crianza desde su propia vivencia como una mujer en crianza y no como antropóloga o investigadora, explicándoles el motivo de su presencia en los centros

de salud y reconociendo el conocimiento sobre la maternidad que cada una tiene, lo que se traduce en datos, información y prácticas reales que pueden acercarnos a las realidades tan diversas y complejas que atraviesan las mujeres con las que se colaboró.

El segundo paso por considerar para detallar la emoción de quien investiga es narrar, describir la emoción puesta en escena, y esto llevó particularmente a la antropóloga a cuestionarse qué se espera de una antropóloga en campo, qué emociones puede sentir una antropóloga en el terreno etnográfico. Para esto es preciso contextualizar al lector desde el relato de cómo fue la negociación que se tuvo para la aceptación del proyecto en los centros de salud. Durante una reunión sostenida por la Hernández Alonso y los responsables de la Secretaría de Salud del Estado de Puebla, se comunicó que se esperaba un trabajo de corte cuantitativo que se tradujera en enormes encuestas, datos y grupos de mujeres; sin embargo, el proyecto presentado tenía un corte cualitativo que no planeaba lo anterior, pues se contemplaba una muestra de ocho mujeres como máximo. Los argumentos médicos para que este último fuera rechazado fueron la inviabilidad por el tamaño de la muestra y el consiguiente escaso impacto social. Sin duda, la mirada hegemónica de la biomedicina replicaba el positivismo al valerse de mediciones y conteos para que el conocimiento se volviera objetivo. Después de explicar que para las ciencias sociales —y en este caso para la antropología— los estudios de caso son igual de valiosos que incontables cuestionarios, logramos un acuerdo que consistió en aplicar cuestionarios y después elegir una muestra menor para continuar con el mismo.

¿Cómo actuar frente a estos discursos hegemónicos? Es claro que el relato antes mencionado suena sencillo y fácil, pero por momentos la antropóloga sintió la angustia y la impotencia por no convencer a nadie y la posibilidad de no lograr realizar el trabajo. Sin pretender cambiar sus formas de hacer investigación en terrenos biomédicos, se plantearon varias opciones y se llegó a un punto medio. Para esto nos resultó adecuado recurrir al concepto de *feeling rules* o *normas de emociones* que distingue Hochschild (1979), quien indica cómo actuar en la sociedad para ciertas situaciones, con control no sólo de la conducta sino del sentimiento.

Mantener la calma y serenidad en la reunión, explicar la validez del proyecto y proponer un acuerdo fueron acciones que se tradujeron en su aceptación y que, por supuesto, se convierten en un trabajo por reunir las experiencias y conocimientos de las mujeres que pueden desencadenar iniciativas, propuestas o manuales por parte del personal sanitario hacia ellas. Actuar con emociones prosociales en términos de Oliva López Sánchez (López *et al.* 2016; Garzón y López 2023) como ánimo y tranquilidad, permitió gestionar y negociar la aceptación del proyecto.

Lo anterior nos lleva de nueva cuenta a la expectativa del antropólogo en campo: un investigador objetivo, imparcial, seguro y con conocimiento absoluto; no obstan-

te, debe decirse que, aun con una planeación general de lo que se haría, el trabajo de campo siempre sorprende. Para esta investigación, la pandemia generaba muchas preguntas y no se tenían todas las respuestas. No pretendemos negar las emociones que naturalmente vivió en campo la antropóloga ante las dificultades sorteadas, sino enfatizar que las emociones nos llevan a elegir caminos y, en este caso, comprender las reglas emocionales que, en palabras de Hochschild, permitieron interrelacionar y persistir ante la pandemia. Es decir, durante el trabajo de campo se puso en práctica la distinción necesaria de las reglas emocionales en el sector salud, como tener una actuación segura, respetuosa y con aceptación de los lineamientos que se pedían, pues ello abriría las puertas al proyecto. Regular las emociones y no buscar que los médicos cambiaran su forma de pensamiento, sino sólo brindar información y opciones para que accedieran a la petición, fue la estrategia de acción para la reunión.

El tercer paso por describir es la vulnerabilidad al realzar campo. Los días que Hernández Alonso acudió a los centros de salud con las olas inminentes de covid-19 para buscar a mujeres gestantes que quisieran trabajar en el proyecto se acompañaron casi siempre del miedo al contagio ante el conocimiento de que no tenía el esquema de vacunación completo.

Al suponer que las olas serían pasajeras, surgió una crisis investigativa: por un lado, para la tutora, responsable sobre cómo continuar con el proyecto, y, por el otro, para la antropóloga, de cómo lograr contactar a colaboradores sin correr riesgos de contagio. Si bien se preparó todo lo necesario para salir a campo como quien se alista para un examen y lleva aprendido y estudiado el temario, el cambio de escenarios sin antelación genera un caos. ¿Qué actitudes y emociones se deben tener ante la posibilidad de un contagio o ante la incertidumbre de una enfermedad que paralizó al mundo entero?

La antropóloga con estas vivencias comprendió lo inimaginable. Para ello bastó recordar que cuando personas cercanas habían experimentado la muerte de algún familiar como consecuencia del coronavirus, se sumaba a la pena, pero no la sentía, no fue sino hasta que, en campo, dos de los médicos con los que trabajó cercanamente en el centro de salud resultaron positivos a covid-19 cuando la angustia embargó su ser y experimentó un sentimiento encarnado —en términos de Michelle Rosaldo (1980)—. De la autoetnografía y notas de campo, refiere: “Por fin había comprendido cuánto miedo y ansiedad sentían los familiares cercanos al tener un diagnóstico positivo”.

En el relato de los cazadores de cabezas se explica cómo la fuerza emocional de un evento como la muerte les deriva en un acto de desahogo para canalizar la misma; Michelle y Renato Rosaldo (1980) ya formalizaban con su estudio de los ilongotes la innegable necesidad de comprensión de la emoción y su contexto social. Para muchos, esta tribu estaba fuera de sí por cometer las cazas, pero para los dolientes era una salida para la emoción.

Una de las colaboradoras acudió al centro de salud por presentar síntomas de covid-19 y, al resultar positiva,

se dio —por parte de la etnógrafa— un acompañamiento desde el referente personal y político —es decir, desde su propia condición como mujer y madre—. Este “acompañarnos” o “situarnos” —como llama Donna Haraway (1995)— robustece el ya marcado referente personal al identificarse la etnógrafa con las colaboradoras por ser madre y también por el compromiso ético de retribuir a quienes decidieron trabajar con ella sin nada más a cambio. Haraway (1995, 1997) y Harding (1998) proponen investigar y ser conscientes desde dónde partimos cuando iniciamos un proyecto, lo que no implica perder la objetividad, sino evitar la neutralidad y comprometernos con quienes trabajamos y, con ello, comprender que las experiencias que se encarnan o se viven permiten el reconocimiento de las afectividades presentes. Al estar tan cerca del contagio se comprendió verdaderamente la angustia de quienes resultaban enfermos o veían morir a familiares a causa de ello.

Como hemos indicado, la pandemia por la covid-19 limitó las formas de interacción de investigadores con sus colaboradores al llevar consigo emociones que sin duda repercutieron en la comunicación. Sin embargo, la labor antropológica implica solucionar y dar respuesta a los retos durante el campo y consideramos que sólo la flexibilidad y amplitud de la etnografía permitió situar y reconocer las emociones y sentimientos durante el campo en el contexto pandémico.

Sin darnos cuenta, al proyecto se le sumaron emociones como el miedo, la angustia y la desesperación, hasta la felicidad, confianza y empatía, pues, aunque la tradición del trabajo antropológico marca la objetividad y el alejamiento como un elemento primordial, esto se diluyó ante la implicación y compromiso personal y político al investigar. Desde la objetividad feminista indicada por Sandra Harding (1996), siempre se condujo y presentó el proyecto a las mujeres gestantes y el personal sanitario como un trabajo de comprensión, entendimiento y escucha de la antropóloga en la recuperación de experiencias de maternidad y seguimiento neonatal. La honestidad en la acción y en la escritura rescata la objetividad feminista encarnada. Reconocer sentimientos y emociones no implica perder objetividad o tener imparcialidad en el trabajo; por el contrario, es un mecanismo necesario para situarnos y hacer visible cómo las emociones son un crisol que debe ser leído e interpretado con los códigos culturales (Cruz *et al.* 2012).

Para cerrar, consideramos que narrar, describir y comprender las emociones que se atraviesan durante el campo aporta el valor de haber estado en el lugar, de reconocernos como individuos y no sólo mirarnos como científicos sociales, es decir, tenemos lo que Frida E. Jacobo Herrera y Marco Martínez-Guerrero ([coords.] 2022) denominan *emociones de ida y vuelta*, pues el investigador también se afecta de las emociones del campo y no sólo los sujetos colaboradores. Es decir que vivimos y compartimos emociones que pueden ser distintas o iguales en mayor o menor medida, pero que nos atraviesan y conectan con el estudio, que nos llevan a refrendar el

compromiso ético y, con ello, a aportar a la narrativa de las mismas como herramienta metodológica y analítica para trabajos venideros.

Reflexiones finales

Aunque el origen de la disciplina antropológica va marcado con el sello positivista de la objetividad para alcanzar cientificidad, las nuevas posturas dan muestra de la necesidad de incorporar los elementos subjetivos, sin que ello signifique perder su valía; por el contrario, sitúan las investigaciones y dan voz a la labor de quien investiga.

Con la pandemia cambiaron muchas de las dinámicas de interacción de los individuos, y hacer etnografía de forma tradicional parecía casi imposible debido a las restricciones de acercamiento como medida de seguridad, pero las propuestas, habilidades y flexibilidad para el cambio lograron el proyecto, recuperando y capitalizando las vivencias de una antropóloga y madre.

Esto nos ha llevado a las siguientes conclusiones. La primera es que la investigadora-etnógrafa-antropóloga es sin duda un cuerpo sintiente que estuvo permeado por los hechos sociales. Es decir, no se puede considerar que la etnógrafa quedara como una simple observadora, sino que fue una receptora activa al tener emociones de miedo, angustia y ansiedad al igual que quienes colaboraron en la investigación.

La segunda es respecto al desafío epistémico y metodológico que significó la pandemia para la investigadora y, en términos generales, para hacer campo a la vieja usanza antropológica. Ante ello sobresale la posibilidad de utilizar recursos digitales para crear un puente de comunicación y la adaptabilidad frente a la nueva realidad, que se convirtieron en fortalezas y herramientas de y para la investigación en terrenos sociales. Estar en campo durante la pandemia puso énfasis en la tarea compleja que implica desarrollar la investigación y encontrar los datos, pues la covid-19 cambió el entorno sanitario al incitar preocupaciones y dilemas éticos que sólo pueden resolverse si aceptamos nuestra postura sintiente, reflexiva, creativa y comprometida.

La tercera y no menos importante es señalar los problemas estructurales de acceso a los servicios sanitarios y la desigualdad económica, los cuales afectaron las decisiones, procesos y acceso a la salud. Para algunas personas, permanecer en casa parecía un privilegio ante la imperante necesidad de continuar con los trabajos informales que exponían sus vidas diariamente. El acceso a la atención médica fue un dilema, pues el sistema sanitario estuvo colapsado por la demanda, pero la imposibilidad de acceder a medios privados podría implicar desenlaces poco favorables; esto retrata las complejas estructuras económicas, laborales y sanitarias rebasadas por un evento de tales magnitudes.

Por último, sentir y pensar son un dúo inseparable, un filtro de la realidad que convierte al etnógrafo en un cuerpo sentido, por lo que consideramos fundamental la recuperación de emociones a través de tres acciones:

la primera, *situándonos*, es decir, ser conscientes de las condiciones bajo las cuales hacemos investigación; la segunda, *reflexionando y puntualizando* el referente personal y político para contextualizar desde y hacia dónde investigamos; la tercera, *narrando* la inmersión, el extrañamiento y la complejidad del campo para que quien lea comprenda las emociones y sentimientos que particularizan la vida del ser humano y su relación con el objeto de estudio, pues es innegable que el trabajo antropológico es minucioso, dedicado y único.

Referencias

- Aveiro-Róbal, Telmo R. *et al.* 2021. "Ansiedad, depresión y estrés por COVID-19 en profesionales de la salud de Latinoamérica: Características y factores asociados". *Boletín de Malariología y Salud Ambiental* LXI, núm. 2: 114-122. DOI: <http://dx.doi.org/10.52808/BM-SA.7E5.61E2.013>.
- Bárcenas Barajas, Karen y Nohemí Preza Carreño. 2019. "Desafíos de la etnografía digital en el trabajo de campo online". *Virtualis: Revista de Cultura Digital* 10, núm. 18: 134-151. DOI: <https://doi.org/10.2123/virtualis.v10i18.287>.
- Bericat Alastuey, Eduardo. 2000. "La sociología de la emoción y la emoción en sociología". *Papers* 62: 145-176. DOI: <https://doi.org/10.5565/rev/papers/v62n0.1070>.
- Bourdin Rivero, Gabriel L. 2016. "Antropología de las emociones: conceptos y tendencias". *Cuicuilco Revista de Ciencias Antropológicas* 23, núm. 67: 55-74. <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/cuicuilco/article/view/9238>.
- Cruz, María A., María J. Reyes y Marcela Cornejo. 2012. "Conocimiento situado y el problema de la subjetividad del investigador/a". *Cinta Moebio* 45: 253-274. DOI: <http://doi.org/10.4067/S0717-554X2012000300005>.
- Damasio, Antonio. 2005. *En busca de Spinoza. Neurobiología de la emoción y los sentimientos*. Barcelona: Crítica.
- Darwin, Charles. 1965. *The Expression of the Emotions in Man and Animals*. Chicago: University of Chicago Press.
- Deleuze, Gilles. *Spinoza y el problema de la expresión*. Barcelona: El Aleph.
- Durkheim, Émile. *El suicidio*. Sl: Epulibre.
- Elias, Norbert. 1979 [1939] *El proceso de civilización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Estalella, Alberto y Tomás S. Criado (eds.). 2018. *Experimental Collaborations: Ethnography through Fieldwork Devices*. Nueva York: Berghahn. DOI: <https://doi.org/10.2307/j.ctvw04cwb>.
- Evangelidou, Sophia y Albert Martínez-Hernández. 2020. *Reset. Reflexiones antropológicas ante la pandemia de covid-19*. Tarragona: Universitat Rovira i Virgili.
- Garzón Ospina, Luz A. y Olivia López Sánchez. 2023. "Editorial: El giro teórico de las emociones como fuente del análisis y comprensión del sujeto social". *Revista del Departamento de Trabajo Social* 25, núm. 1: 17-24. DOI: <https://doi.org/10.15446/ts.v25n1.106759>.

- Guber, Rosana. 2001. *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Bogotá: Norma.
- Guillén, Beatriz. 2022. "México entra en la sexta ola de Covid con seis semanas de incremento de casos". *El País*, 13 de diciembre.
- Haraway, Donna. 1995. *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Haraway, Donna. 1997. *Modest_Witness@Second-Millennium. FemaleMan-Meets-OncoMouse: Feminism and Technology*. Nueva York: Routledge.
- Harding, Sandra. 1987. "Is there a feminist method?". En *Feminism and Methodology*, editado por Sandra Harding, 9-34. Indianápolis, Indiana University Press.
- Harding, Sandra. 1996. *Ciencia y feminismo*. Madrid: Morata.
- Hernández Alonso, Elizabeth. 2025. "Trayectorias y prácticas de elección en lactancia materna en mujeres usuarias de centros de salud de Puebla durante la pandemia por Covid-19". Tesis, México: Facultad de Medicina, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Hochschild, Arlie. 1975. "The Sociology of Feelings and Emotions: Selected Possibilities". *Sociological Inquiry* 45 núm. 2-3: 280-307. DOI: <https://doi.org/10.1111/j.1475-682X.1975.tb00339.x>.
- Hochschild, Arlie. 1979. "Emotion Work, Feeling Rules, and Social Structure". *American Journal of Sociology* 85, núm. 3: 551-575. DOI: <https://doi.org/10.1086/227049>.
- Hochschild, Arlie. 1990. "Ideology and Emotion Management: A Perspective and Path for Future Research". En *Research Agendas in the Sociology of Emotions*, editado por T. Kemper, 117-142. Albany: State University of New York Press.
- Horst, Heather y Daniel Miller. 2012. "The Digital and the Human: A Prospectus for Digital Anthropology". En *Digital Anthropology*, editado por Daniel Miller y Heather Horst, 3-26. Nueva York: Berg.
- Horst, Heather y Daniel Miller (eds.). 2012. *Digital Anthropology*. Oxford: Berg.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. 2023. "Medición de la Economía Informal". Aguascalientes, Instituto Nacional de Estadística y Geografía.
- Jacobo Herrera, Frida E. y Marco J. Martínez-Moreno (coords.). 2022. *Las emociones de ida y vuelta. Experiencia etnográfica, método y conocimiento antropológico*. México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Le Breton, David. 1999. *Cultura afectiva y emotividad: las emociones en la vida social*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Le Breton, David. 2013. "Por una antropología de las emociones". *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, núm. 10: 69-79. <https://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/239>.
- López Menéndez, Marisol. 2015. "Creer, llorar y sentir: el estudio de las emociones y la experiencia religiosa". *Historia y Grafía*, núm. 44: 247-252. DOI: <https://doi.org/10.48102/hyg.vi44.104>.
- López Sánchez, Olivia, Alice Poma y Tomasso Gravante. 2016. "La dimensión emocional para la comprensión del mundo social, desde la perspectiva sociocultural". *Revista Electrónica de Psicología Iztacala* 19, núm. 3: 1 053-1 064. <https://www.revistas.unam.mx/index.php/repi/article/view/57273>.
- Lutz, Catherine. 1982. "The Domain of Emotion Words in Ifaluk". *American Ethnologist* 9, núm. 1: 113-128. DOI: <https://doi.org/10.1525/ae.1982.9.1.02a00070>.
- Lutz, Catherine y Geoffrey M. White. 1986. "The Anthropology of Emotions". *Annual Review of Anthropology*, 15: 405-436. DOI: <https://doi.org/10.1146/annurev.an.15.100186.002201>.
- Marcus, George. 2001. "Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal". *Alteridades*, núm. 22: 111-127. <https://alteridades.izt.uam.mx/index.php/Alte/article/view/388>.
- Massó Guijarro, Ester y Sandra Santos Fraile. "Etnografías multisituadas en la era global: propuestas sobre episteme y métodos". En *XIV Congreso de Antropología. Antropologías en transformación: sentidos, compromisos y utopías*, editado por T. Vicente Rabaneque y M. J. García Hernandorena, 1 376-1 381. Valencia: Universitat de València.
- Miller, Daniel. 2019. "Cómo y por qué el mundo cambió en las redes sociales". *Etnografías Contemporáneas* 5, núm. 9: 6-17. <https://revistasacademicas.unsam.edu.ar/index.php/etnocontemp/article/view/492>.
- Ortega Gutiérrez, Eduardo y Elba Caloca Lafont. 2016. "Los métodos digitales: miradas cercanas y distantes. Una discusión relevante". *Virtualis* 7, núm. 14: 7-12. DOI: <https://doi.org/10.2123/virtualis.v7i14.185>.
- Rosaldo, Michelle Z. 1980. *Knowledge, and Passion: Ilongot Notions of Self and Social Life*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Scheff, Thomas. 1990. *Microsociology: Discourse, Emotion, and Social Structure*. Chicago: The University of Chicago Press, 1990.
- Scheff, Thomas. 1995. "Shame and Related Emotions: An Overview". *American Behavioral Scientist* 38, núm. 8: 1 053-1 059. DOI: <https://doi.org/10.1177/0002764295038008002>.
- Secretaría de Salud. 2020. "Conferencia de prensa. Informe diario sobre coronavirus COVID-19 en México". México: Secretaría de Salud, Gobierno de México.
- Secretaría de Salud. 2022. "Informe Integral de Covid-19 en México". México: Secretaría de Salud, Gobierno de México.